

y otros sin duda contribuyeron en ella de igual modo. Estos datos podrian proporcionar la llave de muchísimos misterios.

1778.

— El 25 de mayo, bill del parlamento de Inglaterra en favor de los católicos de este pais. Que se hubiesen confeccionado leyes opresivas contra los católicos por los dias de disturbios y revolucion, nada tiene de estraño, puesto que era el resultado desgraciadamente harto comun del espiritu de partido. Pero que continuase con todo su vigor esta legislacion injusta en tiempos tranquilos y de concordia, habian en verdad para que admirarse de ello los hombres imparciales. Mucho tiempo hacia que los mas virulentos enemigos de los católicos hallaban á duras penas el mas leve motivo de queja contra ellos. Y sin embargo subsistian aun las antiguas leyes, dependiendo su ejecucion del capricho de los jueces, pues, si la moderacion de algunos modificaba en ciertos lugares el rigor de las penas, en otros se aprovechaban las viejas preocupaciones del pretesto de la ley para perturbar á los católicos, y hartas ocasiones hubo en que se echó de ver cuanto estaban arraigadas estas preocupaciones. Habíanse apoderado los Ingleses del Canadá,

durante la guerra de 1756, y se les cedió este pais por el tratado de paz en 1763. Hallábase exclusivamente poblado de católicos, y tanto la política como el buen sentido concurren á empeñar al gobierno inglés á que los protegiese. Necesitábase hacerles dar al olvido por sus buenos tratamientos la dominacion de Francia con la cual simpatizaban en virtud de su origen, de su language y sus costumbres, como y tambien dejarlos la mas amplia libertad en el ejercicio de la religion de sus mayores. El último obispo de Quebec el señor de Pontbriand, habia muerto á Monte-Real, durante el sitio, á 9 de junio de 1760, y todavia no habia tenido sucesor. Permitieron entonces los Ingleses que se le diese uno, y se eligió al señor Olivier de Briant, canónigo de Quebec, el cual habia sido enviado á Inglaterra, despues de la conquista, para pleitear en favor de los intereses de los habitantes. Nombráronle obispo por los años de 1767, y hay motivo para creer que lo consagró alguno de los vicarios apostólicos ingleses. Semejante acto fué la piedra de escándalo de los celosos protestantes, á los cuales no repugnó menos que se permitiese á los católicos de la Granada aspirar á los cargos públicos. Tambien habia cedido la Francia esta isla en 1763, y como solo estaba poblada de católicos, no pudieron dispensarse de permitirles que ocupasen destinos del Estado. Sin embargo, estas concesiones tan razonables y necesarias no dejaron de alarmar á los enemigos del catolicismo; así

es que se oyeron de parte del arcediano Blackburne fuertes reclamaciones, reprendiendo á sus compatriotas por su flaqueza é indiferencia con respecto al *papismo* y á sus *prodigiosos progresos*, eterno espantajo de una ciega prevencion. Redobláronse todavía semejantes quejas, con motivo de un acto del gobierno, perpetrado en 1774, por el cual quedaba establecido un consejo legislativo para los negocios del Canadá, pudiendo ser miembros de este consejo los católicos, disponiendo al propio tiempo que se siguiesen las leyes francesas con respecto á las causas civiles, y las inglesas por lo que toca á las causas criminales, y que el clero católico conservase el diezmo sobre los habitantes de la misma comunión, etc. Todas estas disposiciones suscitaron una viva alarma. Apresuróse la ciudad de Londres á representar al rey, suplicándole que no sancionase un bill, que iba á dar una existencia legal á una *Iglesia idólatra y sanguinaria*, tales eran los dictados de dicha esposicion. Mas el ministerio inglés creyó que debia fijar mucho menos su atención en estos clamores engendrados por el espíritu de partido, que, en la voz de la sana política y de la equidad; y despreciando murmuraciones que estallaron algunos años despues con mas violencia, concedió á los Canadeses lo que juzgó á propósito para reconciliarlos con sus nuevos señores. Previeron ya en estas concesiones los católicos ingleses lo que tambien podian prometerse ellos de este gobierno. La fracción mas ilustrada de la na-

cion empezaba á reconocer que las medidas adoptadas en otros tiempos contra los católicos eran tan inútiles como injustas, y las personas moderadas vituperaban un rigor que ya no tenia objeto. La misma indiferencia hacia la religion epidemia de este siglo, contribuia á disminuir las prevenciones contra los católicos, y el banco de los obispos anglicanos parecia que no estaba lejos de mejorar su suerte. Hallábase formado el partido que les era contrario, de protestantes celosos, de *dissenters* ardientes, de *metodistas* exagerados, los cuales conservaban todavía la terquedad y exageracion de ideas de los primeros reformadores. Mas cuando los mismos *dissenters* estaban reclamando una tolerancia universal, no podian en buen hora mostrarse tan intolerantes con respecto á los católicos. Tales eran las disposiciones generales para con estos últimos, cuando la guerra de América les proporcionó la ocasion de desplegar sus opiniones políticas. En un momento en que se derramaba en Inglaterra la alarma, con motivo de la insurreccion de las colonias americanas, uno de los jueces del rey en Escocia se dirigió á Jorge Hay, obispo de Daulie y vicario apostólico en Escocia, para conocer el modo de pensar de los de su comunión, acerca de este acontecimiento, y para saber hasta qué punto podia contarse con su cooperacion á las miras del gobierno. Jorge Hay manifestó con los términos mas fuertes que estaba íntimamente adicto á la constitucion reinante, y las promesas de este

respetable prelado se confirmaron por la prontitud con que se hicieron solicitar los católicos en las levadas que se estaban realizando en Escocia á la sazón. Comunicóse al gobierno la carta del señor Hay. Por los mismos dias, á poca diferencia, cuando las flotas combinadas de Francia y España amenazaban la Irlanda, un religioso católico, el padre Arturo O'Leary, empleado en el ministerio á Cork, publicó una esposicion á sus compatriotas, exhortándolos á que permaneciesen fieles al orden establecido. Con motivo de estas circunstancias dirigieron los católicos una esposicion al rey, la cual, firmada por doscientos de estos, diez de los cuales eran pares, se presentó al monarca, á 2 de mayo de 1778, en el palacio de San-James, siendo los comisionados que la presentaron tres lores católicos. Un protestante ha dicho que esta esposicion era respetuosa y razonable. Confirmábanse los signatarios en su adhesion á la casa reinante, y pedian que se sancionasen auténticamente las templanzas que ya habian obtenido. Al mismo tiempo elevaron al parlamento una peticion larga y motivada, la cual obtuvo su objeto. El 14 de mayo, Jorge Saville hizo una mocion en la cámara de los comunes para derogar las penas establecidas bajo el reinado de Guillermo III. Abrióse la discusion sobre este punto, y muchos miembros hablaron en el mismo sentido que Jorge. Dieron á conocer cuanta política encerraba, en un momento de peligro, una reconciliacion por medio de un grande acto de justicia

con el afecto de una porcion considerable del Estado. Despues de haber pronunciado el lor Beauchamp un elocuente discurso, se adoptó el bill á unanimidad. En la cámara se adoptó del mismo modo y sin ninguna especie de discusion; despues de todo lo cual lo sancionó el rey. Mandábase por este bill que los obispos, ministros y jesuitas no fuesen perseguidos en virtud del estatuto de Guillermo III, que no estuviesen sujetas á encierro perpetuo, establecido por este estatuto, dichas personas ni los demas encargados de la instruccion de la juventud, y por último que tuviesen los católicos el derecho de herencia aun cuando el heredero mas inmediato debia ser él protestante, y que pudiesen comprar tierras. Mas para entrar en posesion de estas ventajas debian prestar cada seis meses un juramento versando sobre que serian fieles al rey Jorge III y sus sucesores; que los defenderian con todas sus fuerzas; que renunciarian toda obediencia al que tomaba el título de Carlos III; que detestaban como anti-cristianos é impíos las proposiciones de que es lícito matar por razon de heregía, y que no se debe guardar fé á los hereges; que rechazaban igualmente la opinion de que los príncipes escomulgados por un Papa ó por un concilio pueden ser depuestos y asesinados; que tampoco creian que el Papa tuviese directa ni indirectamente ningun poder temporal sobre la Inglaterra, y que hacian esta declaracion sin ninguna reserva ni equívoco ninguno. Haremos una observacion

por lo que toca á este acto sobre lo que se ha pretendido diciendo que no pasó en el parlamento sino á beneficio de la astucia, y que se habia presentado al fin de una sesion, cuando ya se habian marchado casi todos los miembros ó estaban para marcharse. Como sea el tiempo probó que se obró muy discretamente no dando tiempo á los apasionados para construir sus baterias. El dia 10 de diciembre siguiente hizo Fox una mocion á fin de que los católicos que hubiesen prestado el juramento quedasen exentos de la doble imposicion sobre las tierras, prescrita durante el reinado de Jorge I; mas rechazóse su proposicion á pesar de todos sus esfuerzos asociados á los esfuerzos de Burke. Sobrado tiempo habian tenido los protestantes celosos para exaltar los ánimos, y ya empezaban á zumbar sordamente los clamores que estallaron con tanta fuerza al cabo de dos años.

—El 30 de mayo, muerte de Voltaire en París. Veinte años hacia que no habia estado en la capital este escritor, y estaba ardentemente deseando presentarse en ella para disfrutar de su reputacion y ver á sus numerosos amigos. Durante el reinado de Luis XV no se atrevió á verificarlo, y creyó poderlo hacer impunemente en el de su sucesor. Por los dias de febrero de 1778 llegó en efecto á París. Preparósele el mas lisonjero recibimiento, y temiéndose que los ministros, ó el clero llegasen á oponer algunos obstáculos á un viage, del cual se prometian muchísimas ventajas, se qui-

so imponerles silencio, colmando de honores y homenages al gefe de la filosofia. Su mansion en París fué un triunfo permanente. Reuniase la muchedumbre debajo de sus ventanas, hacíanle sus amigos la corte de una manera asidua, y le prodigaban elogios y respetos que parecieron algo estudiados. Hasta los grandes señores no se desdefiaban de ir á visitarle, porque conversar con él habia llegado á ser un favor. Llenábanse las columnas de los periódicos de sus acciones y gestos, la Academia, enteramente poblada de sus admiradores, le prodigaba distinciones esmeradísimas. Mas elevados honores le aguardaban todavía en el teatro, al cual fué, representándose este dia una de sus composiciones. No era esta pieza muy buena, y hubiese sido recibida á silbidos á ser de cualquiera otro poeta; mas se la aplaudieron con entusiasmo y se coronó su busto en el teatro en medio de las aclamaciones universales. Ya se habia preparado de antemano semejante escena, pasada la cual lo acompañaron en triunfo hasta su casa, gritando *viva Voltaire! viva Mahoma! viva la Henriada!* Sus historiadores nos refieren tambien que en su entusiasmo los amantes de su héroe gritaron públicamente, que no solamente tributaban sus homenages al autor por sus poesias mas dignas de elogios, y por sus obras reconocidas, sino tambien al autor de un poema inmoral, cuyo nombre no se abstuvieron de pronunciar altamente, como si quisiesen hacerse cómplices en el crimen de haberlo

escrito. *Lo que es Voltaire*, dice Condorcet, *se ocupaba en reparar su Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones, y descargar nuevos golpes contra el fanatismo. Habíanle visto sus amigos entregado á todo su encono contra las preocupaciones exhalándole con elocuencia; y bien pronto mudar de tono y mirarlas bajo su aspecto ridiculo, mofándose de ellas con esa gracia y esas reconvenções singulares que caracterizan sus chanzas.* Sin embargo en medio de este concierto general de aplausos y de proyectos de volver á la carga contra la religion, empezaba ya el anciano á advertir las cercanías de su tumba. A principios del mes de marzo arrojó algunas bocanadas de sangre. Dispúsose que fuese á socorrerle un tal abate Gauthier, capellan de los Incurables, que pasaba por ser facil y cómodo, y Voltaire firmó á 1º de marzo un escrito en el cual declaraba *haberse confesado á este eclesiástico y querer morir en la religion católica*, añadiendo que si habia escandalizado la Iglesia pedia perdon á Dios y á ella de este escándalo. Esta mezquina reparacion de tamaños desacatos casi era otro desafuero en boca de un hombre que se habia burlado con tanta frecuencia de la religion, y que habia profanado lo que esta tiene de mas augusto. De aquí es que dice el marqués de Condorcet en su *Vida de Voltaire*, *que esta noticia escandalizó mucho mas á los ilustrados de lo que edificara á los devotos.* En una recaída que tuvo este buen anciano se apresuraron en darle un sacerdote. Presentóse

en su casa el cura de san Sulpicio y no le admitieron. Escribióle este una carta y no recibió sino respuestas evasivas. Hallábase el enfermo rodeado de amigos que le estaban guardando, impidiendo que se acercasen á él otros que los que ellos querian, en cuyos brazos falleció con la constancia é intrepidez de un filósofo dicen unos, al paso que otros aseguran que murió con todas las agitaciones de la desesperacion. Hase pretendido que atormentado de remordimientos y aterrado á la aproximacion de la eternidad, el enemigo del cristianismo habia pasado sus últimos momentos en las mas espantosas convulsiones. Cítanse los testimonios del mariscal de Richelieu y del médico Tronchin, los cuales salieron del cuarto del enfermo espantados de sus furores. Cuando hubo exhalado su postrimer suspiro, pretendieron sus amigos obtener para sus despojos la sepultura eclesiástica. El cura de san Sulpicio, cuyos servicios pidieron, se negó redondamente á la demanda. Grandes fueron los gritos que dieron, con motivo de esta denegacion, los amigos del difunto, y no hablaban sino de intentar una causa al cura. Les parecia oportuno obligar al clero á que tributase los últimos obsequios de la religion á los restos de un hombre que habia consagrado su vida á cubrir esta religion y este clero de odio y vilipendio. D'Alembert quiso que se dirigiesen al parlamento, por ver si sus deseos serian al fin cumplidos. Tambien se reclamaron los servicios de los franciscanos, en cuya Iglesia se so-

lian rendir á los académicos los últimos obsequios; mas tambien rehusaron estos religiosos prestarse á la demanda. Entonces acudieron á la astucia, y el abate Mignot, sobrino del difunto y consejero en el parlamento de París, siendo abate de Scellieres en Champaña, hizo conducir el cadaver de su tío á este lugar, dando á entender que se proponia trasladarlo luego desde allí á Ferney. Sin embargo lo sepultaron en una tumba de la abadía, habiendo llegado demasiado tarde la prohibicion, y permaneció en ella hasta el momento en que, para insultar la religion, lo trasportaron con pompa á París. A consecuencia de esta muerte vistió luto toda la literatura filosófica, la poesía cantó los talentos de Voltaire, y pronunciaron los académicos su elogio. Entre los discursos que se pronunciaron en semejante ocasion, descollaron con especialidad el de Federico, rey de Prusia, y el de la Harpe, siendo el del último mucho mas moderado que el del primero; porque el monarca no tenia ningun reparo en repetir dentro de este discurso contra los sacerdotes todos los dulces epitetos que con tanta cortesía les solia dar desde mucho tiempo en su correspondencia secreta. Por los años de 1779, sobre las instancias de d'Alembert, hizo celebrar en la glesia icatólica de Berlin, un oficio para su amigo. Tambien pretendia aquel filósofo que le erigiese Federico un monumento en la iglesia, á lo cual no accedió este rey. No seremos nosotros los que al concluir este artículo procuremos bosquejar

un juicio sobre la vida y escritos de Voltaire. No nos toca sino deplorar el uso que hizo de sus talentos un hombre que, elevado por sus escritos al pináculo de la gloria literaria, hubiese podido volver el fin de su carrera tan honorable y tan util, al paso que al contrario no parecia sino que se complaciese en degradarla con excesos reprobables hasta á los ojos de los mismos indiferentes.

— El 21 de junio y el 28 de octubre, consagracion de dos obispos cismáticos en Holanda. Esta Iglesia, aunque poco numerosa, se perpetuaba en este pais por el cuidado de sus partidarios en no dejar que faltasen obispos. Habiendo muerto casi en el mismo tiempo Van-Stiphout y Byevelt, se apresuraron á darle sucesores por miedo de que no se estinguiese demasiado pronto este precioso cisma. Broekman y Nelleman fueron elegidos para llenar estas sillas vacantes y consagrados por su arzobispo. Pio VI se levantó por medio de tres breves contra esta eleccion y consagracion, y declaró escomulgados al elector y á los elegidos.

— El 2 de julio, muerte de Juan - Jacobo Rousseau. Los últimos años de este hombre extraordinario nos presentan un espectáculo tan triste como humillante. Vésele atacado de la mas profunda hipocondría, atormentarse á sí mismo con las mas infundadas sospechas, crearse al rededor de sí espantosos monstruos, echar de ver por todas partes lazos y complots contra él, y por último acusar de maldad y de perfidia no solo á los